



# ZOOM

ANDREA FERRARI

Dirección editorial: Elsa Aguiar  
Coordinación editorial: Berta Márquez  
Imagen de cubierta: Marta Mesa

© Andrea Ferrari, 2013  
© Ediciones SM, 2013  
Impresores, 2  
Urbanización Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323  
Fax: 902 241 222  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# 1

Este no es el principio ni el final de la historia de Ana. Es simplemente un jueves cálido y húmedo de fines de diciembre, apenas pasadas las nueve de la mañana. Cuando entra en la cocina a prepararse el desayuno, Ana no está pensando en el hecho que acaba de trastocar su vida. A esta hora solo le importa el escaso tiempo que tiene antes de la cita con el dentista y por eso se apura a servir el café, untar una tostada y llevar todo a la mesa.

Recién entonces nota que hay un diario abierto en sus páginas centrales. Lo está por apartar para acomodar la taza cuando algo llama su atención. Un color. Unas líneas. Alguien ha dibujado dos gruesas flechas rojas que apuntan a un artículo, como ordenando silenciosamente su lectura. Tiene que haber sido Cecilia, ¿quién si no? Ana toma un trago de café y, aún adormecida, intenta concentrarse. «¿Magia en Buenos Aires?», dice el título de esa breve nota que habla de un episodio supuestamente inexplicable sucedido el veintitrés de diciembre. El periodista, que se anuncia como un testigo de los hechos, parece haber quedado muy confundido por lo que vio. Ana sonrío, ya completamente despierta, y sigue leyendo.

## ¿Magia en Buenos Aires?

El extraño suceso tuvo lugar a las tres de la tarde, cuando la calle estaba abarrotada de gente. Un carro pintado de rojo, que llevaba a ambos costados el logo de Toby's, avanzaba lentamente por la avenida, tirado por dos caballos viejos. Lo conducía con evidente inexperiencia un muchacho de veintidós o veintitrés años y su pasajero era un hombre disfrazado de Papá Noel. Sentado en el centro del carro, iba tirando al público diversos objetos que sacaba de una bolsa verde: caramelos, papeles con las promociones navideñas de Toby's y, cada tanto, algún pequeño paquete envuelto para regalo. No eran más que juguetes baratos: animalitos de plástico y diminutos lápices de colores, pero los chicos que corrían tras el carro se desesperaban por agarrarlos.

La multitud crecía rápidamente. Había gente con bolsas navideñas que intentaba abrirse paso, vendedores ambulantes, dos o tres personas que filmaban con sus celulares, otros que sacaban fotos y muchos que simplemente se paraban a mirar. También el ruido había crecido a un extremo difícil de soportar, porque el lento paso del carro había congestionado el tránsito y los boci-

nazos se sumaban a los gritos de los chicos.

Entonces, el semáforo cambió y la fila de autos se detuvo. Frente a ellos, un chico de ocho o nueve años empezó a hacer malabares con tres pelotas y de uno de los primeros vehículos se asomó una mano para ofrecerle una moneda. Alguien en la multitud gritó y Papá Noel, que hasta ese momento se veía cansado y somnoliento, se incorporó y alzó la vista con interés. Su mirada cayó sobre el chico malabarista. Y fue como si súbitamente se despertara. Sin decir una palabra, saltó del carro y corrió con desesperación, empujando a varias personas a su paso. Al llegar a la esquina, agarró al chico de un brazo y, antes de que nada sucediera, lo obligó a salir de la calle. Un instante después, un conductor alcoholizado, que venía manejando a toda velocidad, impactó contra un auto detenido en la fila, que a su vez chocó contra otro y este contra otro más, hasta que la embestida llegó al primer auto, que atravesó la calle y se estrelló contra un kiosco de diarios. Nadie pudo dejar de pensar en lo evidente: si hubiera sucedido unos segundos antes, el malabarista habría muerto.

Por un momento todo fue caos, gritos y asombro. Finalmente, los ocupantes de los autos lograron salir y pudo verse que no había ningún herido de gravedad, aunque los daños eran importantes. Papá Noel agarró al niño de la mano y corrió otra vez hacia el carro. Antes de subir, aún tuvo tiempo para detenerse frente a una mujer que lloraba: sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo ofreció. Luego trepó con el chico y el carro se fue.

La gente miraba todo con la boca abierta. ¿Cómo pudo saberlo?, se preguntaron. ¿Era acaso un adivino? ¿Tuvo un presentimiento? De entre los testigos surgieron nuevos detalles asom-

brosos. Por ejemplo, una mujer que paseaba a su perro aseguró que, momentos antes de que todo sucediera, un muchacho que llegó corriendo intentó arrebatarle la cartera. Ella estaba luchando por retenerla cuando Papá Noel saltó del carro y, mientras corría a salvar al chico, empujó al joven delincuente, lo hizo trastabillar y ella logró zafarse. Es decir, que también impidió un robo.

Nadie pudo, hasta ahora, encontrar explicaciones racionales para este suceso. Hubo quienes hablaron de magia, de presentimiento o de adivinación del futuro. Otros, como este cronista, prefieren pensar en un milagro navideño.

Ana termina el artículo y se ríe. Echa una ojeada al reloj y, aunque sabe que debería apurarse, no puede resistir la tentación y vuelve a empezar.

Lo lee de principio a fin, concentrándose en cada detalle, y se ríe más todavía, con carcajadas que le humedecen los ojos.

Le parece fascinante que alguien pueda equivocarse tanto: no le alcanzaría la mañana para contar los errores que contiene el breve texto. Es como si ese periodista y toda la gente a su alrededor se hubieran sentado juntos a ver una película en otro idioma y no hubieran entendido absolutamente nada.

En un punto, sin embargo, tiene que darle la razón: Papá Noel estaba cansado y somnoliento. Y en ese instante fue «como si se despertara».

Ella lo sabe mejor que nadie porque es Papá Noel. Es decir, fue Papá Noel por unos días. Y, efectivamente, venía semidormida desde hacía mucho tiempo. Años, quizá. Ese fue el momento en que se despertó.

Pero para que esa película se entendiera habría que retroceder. Apretar la tecla *rewind* y buscarle un principio a la historia.

## 2

Un principio posible sería veinte días atrás, el día en que Ana se para frente a la casa de Olga, su vecina del cuarto piso, con un paquete de salchichas en la mano. Toca el timbre y espera. Su intención es devolver las salchichas, ya que la noche anterior la vecina le facilitó un paquete con el que salvó la cena. Y su ambición es hacer ese trámite muy rápido, lo que, tratándose de Olga, quizá significa ser demasiado ambiciosa.

El problema con Olga es que tiene altamente desarrollada la capacidad de hablar durante horas sin tomar aliento, sin sentarse, sin siquiera tener un tema concreto de conversación. Cuando abre la puerta es como si se abriera un dique y el agua saliera con una fuerza descomunal, arrastrando todo lo que hay a su paso. Ana no sueña con detener una cosa así. Por otra parte, no puede darse el lujo de ser antipática con ella porque, además de prestarles ocasionalmente café, leche o salchichas, es quien cuida a su hermana Cecilia, que tiene diez años y odia ser cuidada.

Lo que Ana hace en general es quedarse en silencio mientras Olga habla y habla. Algunas cosas las escucha, y otras pasan de largo, como hojas al viento. Esta vez, en medio de la vorágine de palabras, le parece entender que

el viejo Antonio, del segundo piso, se quebró la cadera al caer en la bañera la noche anterior.

–Ajá –dice, como hace habitualmente. Trata de mantener al mínimo sus intervenciones, para no estimularla.

–Es terrible. Pobre hombre. No se puede mover. Y justo el hijo está de viaje. Vino su sobrina a alimentarlo.

–Ajá.

–Así que en Toby's están desesperados.

En este punto, Ana piensa que debe haberse perdido algún segmento fundamental de la información, ya que no ve la relación entre la cadera quebrada y el negocio de regalos de la avenida. Levanta las cejas con cautela.

–¿Mmm?

–En seis días es Navidad –le informa Olga, como si eso dejara todo claro.

–¿Mmm?

–Navidad –insiste–. El viejo es Papá Noel.

Recién entonces lo recuerda. El viejo Antonio viene trabajando para la tienda cada Navidad desde hace muchísimos años. Se pone el traje rojo, se sienta en el gran sillón y atiende a los chicos que hacen cola para entregarle su lista de regalos y sacarse fotos. Un trabajo sencillo, de pocos días y mucho dinero. Eso, al menos, piensa ella en ese momento.

–¿Y qué van a hacer?

–Están buscando con urgencia. Hasta pusieron un cartel en la puerta.

Es en ese instante cuando Ana concluye que deben estar realmente desesperados. Porque poner un cartel en la puerta no es propio de una tienda que se precia de ser la más elegante del barrio. Lo que no es decir mucho, ya que su barrio no es precisamente París, pero ellos parecen estar muy orgullosos.



No ha sido siempre así. El lugar experimentó una importante transformación dos años antes. Eso fue después de que el dueño, Tobías Brenner padre, decidiera retirarse y dejarlo en manos de su hijo mayor, que viene a ser Tobías Brenner hijo. O Toby, como prefiere ser llamado.

Lo primero que él hizo fue anunciar un «período de renovación». Luego le cambió el nombre al negocio: de *Los Tobías* pasó a ser *Toby's*, que le pareció muy exclusivo. Blanqueó paredes, renovó alfombras y colocó carteles en dos idiomas para señalar la caja y el baño. Finalmente le entregó a Orlando, que hasta ese momento era el cadete, uniforme y gorra, con lo que pasó a convertirse en encargado de seguridad y a mirar a toda la clientela con sospecha.

Cuando reabrió tras las obras, Toby's olía a perfume, las vendedoras sonreían más y los precios habían subido. Por eso el asunto del cartel en la puerta, piensa Ana, es un claro signo de crisis. Y quizá una oportunidad.

Diez minutos más tarde, logra terminar la conversación con Olga y corre a su casa. Se cambia el *jean* por uno que no tiene agujeros, pasa un cepillo por su ingobernable cabellera rubia sin lograr una alteración demasiado significativa y, en un acto inusual en ella, usa el delineador para agrandar sus ojos oscuros y se pinta con el lápiz de labios rojo de su madre.

Cuando se mira al espejo le parece que está algo ridícula, por lo cual aplica un papel higiénico para reducir el impacto del rojo en sus labios hasta que es casi imperceptible. Y parte llena de ilusiones.

Cualquiera podría preguntarse por qué tiene tantas ilusiones ante una situación claramente desfavorable. Ella mencionaría dos motivos. El primero es que confía en que la desesperación de los dueños de Toby's sea suficiente-

mente grande como para pasar por alto ciertos detalles. El segundo, que su propia desesperación es sin duda mayor. Y eso la vuelve extrañamente temeraria.

Camina velozmente hasta la tienda y busca el cartel. Pero aquí hay que congelar la imagen. Ana va a quedar con el pie en el aire mientras se abre paso otro personaje importante en esta historia.

### 3

Lo que Orlando más odia es la gorra. También le desagradan la chaqueta y el pantalón, pero al menos son soportables. En cambio, esa gorra con el logo rojo de Toby's le molesta, le da calor y lo hace sentir irremediabilmente estúpido.

Al dueño del negocio, sin embargo, le parece fundamental. Considera que una persona con semejante uniforme transmite seguridad y respeto a la clientela. Orlando cree exactamente lo contrario, pero a nadie le importa lo que él cree.

Mientras lo piensa se acerca a la puerta, porque la alarma acaba de sonar. Una mujer con varios paquetes envueltos para regalo mira a todos lados, obviamente incómoda. La gente suele interpretar el sonido de la alarma como una acusación directa y se manifiesta ofendida. Orlando observa discretamente las bolsas. Todo está en orden.

–Las chicas deben haberse olvidado de sacar alguna etiqueta –le explica–. Hoy tenemos mucha gente. Disculpe.

Y sonrío, tal como le han enseñado, para mostrar amabilidad y al mismo tiempo firmeza. La mujer lo mira con odio.

Mientras circula por la tienda observando a la gente, Orlando vuelve a pensar en la renuncia. Lleva más de dos años pensándolo, pero no se decide a dar ese paso. No solo odia el uniforme. También odia hacer de vigilante, controlar las puertas, intervenir en disputas. Odia a su jefe. Odia el salario, muy escaso para las largas horas de trabajo. ¿Qué hace entonces ahí? Bueno, hasta hace poco no lo tenía claro. Pero ahora hay un motivo.

Cuando pasa cerca de la zona de empaque, mira con discreción. Allí está su motivo. Se llama Lara. Tiene dieciocho años, pelo castaño y enormes ojos claros. Llegó un día sin aviso previo y la pusieron a hacer paquetes de regalo para las fiestas. Lo hace con delicadeza y concentración, plegando papeles y moños con sus dedos largos y finos y apartando cada tanto un mechón de pelo que insiste en nublarle la vista.

Una tarde, uno de los vendedores lo ve mirándola extasiado y se le acerca.

–Ni lo pienses –le susurra al oído–. Es la hija del jefe.

Pero él ya lo pensó. Y lo sigue pensando en los días sucesivos, cuando cruza con ella una mirada. Cuando le saca una sonrisa. Y más aún cuando intercambian unas pocas palabras junto a la máquina del café. Lo pensó y ya no puede sacárselo de la cabeza.

Para entender exactamente qué pasa en su cabeza, habría que ir más atrás todavía. Rebobinar unos tres años, hasta el momento en que Orlando entra por primera vez a Toby's (en ese entonces Los Tobías) y se entrevista con el dueño para ofrecerse como cadete.

–Seis horas diarias –le dice el viejo Tobías, acariciándose la barba desde detrás del enorme escritorio de ma-